

### SOPORTES, ESCRITURA Y RESISTENCIA

Dr. Emilio Zaina

U.N.S.



Si los dioses nos permitieran volver al pasado y asistir no a uno de los opíparos festines romanos sino a un ritual previo llamado *comissatio*, nos encontraríamos con una fiesta etérea, semejante a las de los dioses cuando se reúnen en el Olimpo a comer ambrosía y a beber néctar: hombres y mujeres vestidos con túnicas livianas y desceñidas, coronados con flores, perfumados, resplandecientes como consecuencia de los sorbos de vino mezclado con agua y por la ingesta de exquisiteces, generalmente dulces, que se derriten en la boca o quedan en la zona del aparato fonador sin llegar a las profundidades del cuerpo en donde se cuecen las más oscuras materialidades. El espacio es el del *triclinium*, el comedor, una sala especial adornada con frescos en sus paredes, estatuas, mesitas y lechos en los que los invitados se extienden apoyados sobre el codo izquierdo. Si pudiéramos observar los objetos que circulan durante el ritual de la *comissatio*, veríamos una cratera y copas pintadas con figuras rojas y negras, servilletas bordadas, bandejas con signos que expresan su peso en oro o en plata, delgadas tablillas con un pequeño borde y el interior cubierto con una capa de cera.

Todos estos objetos son signos, ligados entre sí por la estructura ritual del banquete antiguo, que llevan otros signos en su superficie que no hacen más que reiterar o repetir lo que sucede en la etérea fiesta. La cratera y las copas, por ejemplo, tienen pintada su convexa superficie con hombres que beben, comen y escriben, semejantes a aquellos que las tienen en sus manos: las imágenes pintadas en los recipientes devuelven a esos hombres el reflejo de su propia actividad. De todos es la cratera la que ocupa el centro focal del espacio del convivio, es el recipiente común, aquel del que los invitados beben y aquel en donde se produce la mezcla clave, aquella del vino y del agua.<sup>1</sup> Sin embargo, es otro el objeto que me interesa: las tablillas enceradas que caben en un puño, *pugillaria*, una superficie escrituraria de reducidas dimensiones y al mismo tiempo con una capacidad infinita, porque se puede borrar y volver a escribir una y otra vez.<sup>2</sup> Entre los hombres sentados en círculo, que beben y consumen manjares que no llegan a la panza, circulan unas tablillas sobre las que se escriben versos reducidos como las dimensiones del recipiente efímeros como la cera sobre la que se trazan, de temas leves como el peso del objeto que se puede sostener sin ningún esfuerzo con una mano mientras con la otra se toma el *stylus*, un punzón largo y afilado. La adecuación es tan visible que podríamos decir que el soporte define a los signos que lleva incisos sobre la cera y los signos al soporte en el que están asentados. Si me permiten acentuar la elección, propongo darles a las tablillas un lugar singular en la estructura de esta asamblea festiva y vincularlas con las copas y los cuerpos de los invitados. El gesto inicial de cualquiera de los convidados que participa del ritual altamente codificado de la *comissatio* es el de la mano que sostiene la copa y la lleva hacia la boca para verter en el cuerpo el líquido de Dionisos; el segundo gesto es el de la mano que traza los signos sobre la cera de la tablilla, el segundo recipiente. Ambas operaciones están conectadas, el vino de la inspiración dionisiaca cae en el alambique del cuerpo de los que banquetean pequeños manjares y sale transformado en versos, pero encuentra en el extremo de la mano que sostiene el *stylus* y las *tabellae* un límite. Dionisos es el

---

<sup>1</sup> Cfr. Lissarrague, F. (1987) *Un flot d'images. Une esthétique du banquet grec*, Paris.

<sup>2</sup> Horacio desafía a un mal poeta a improvisar sobre unas tablillas enceradas, ganará quien pueda escribir más versos. Hor. *Sat.* 1.4. 13-16.

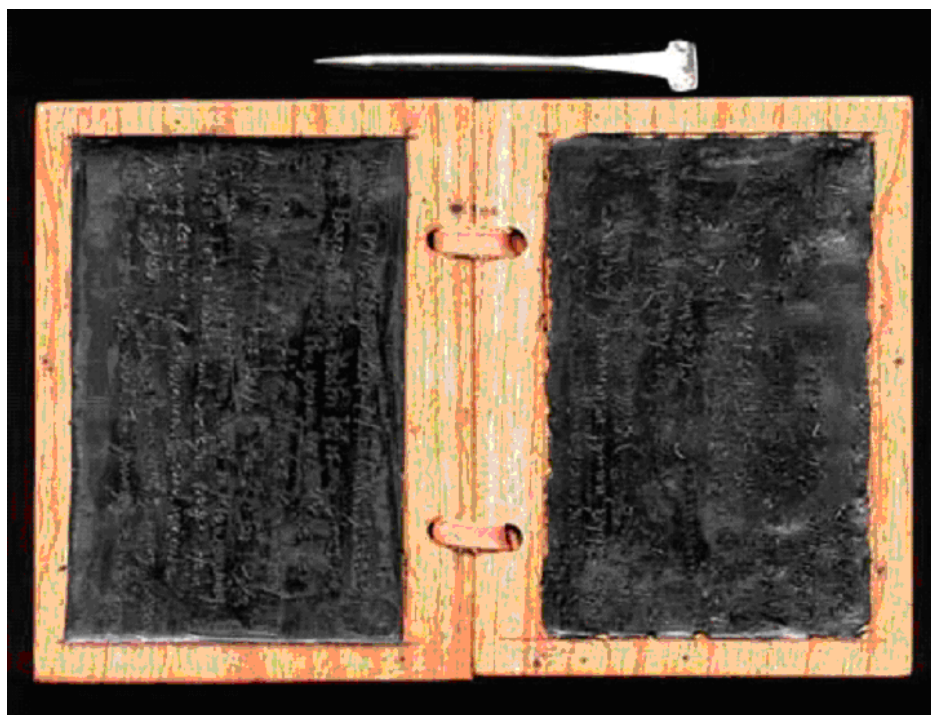
dios de la desmesura y el vino un *pharmakon* – un remedio y un veneno – que debe ser mezclado con agua para mitigar sus peligrosos efectos, aunque no es solo el agua sino el marco de las tablillas junto con la escritura misma quienes encuadran y retrasan el fluir del pensamiento. Es la mano que escribe la que envía órdenes al cerebro y no al revés, son los instrumentos, los materiales y la técnica del escribiente los que imponen los límites. Si el vino de la inspiración opera sobre la mano que traza signos con el *stylus* sobre la cera, la tablilla y la técnica escrituraria – la mano misma – opera sobre el arrebató poético.<sup>3</sup> Ahora queda expuesto que los recipientes son tres: la copa, el cuerpo y las tablillas y que el contenido de uno se vuelca en los otros y que cada uno supone una expansión y un límite.

¿Cuál es el motivo de la presencia de unas tablillas de escritura cuando los invitados pueden comunicarse a viva voz? En realidad estamos ante la perfecta escena de un intercambio oral: sujetos presentes que emiten mensajes dirigidos a otros que los reciben en tiempo real y responden en consecuencia, en circunstancias determinadas y según un desarrollo temporal irreversible. Entonces, ¿a qué se debe la intromisión deliberada de la escritura sobre los *pugillaria* en un ambiente simpótico? En principio, ninguna de las funciones tradicionales de la escritura concurre aquí. Lo que se escribe no está destinado a ser almacenado, ni las tablillas son un depósito o un archivo que libera al lenguaje de su destino efímero. No se trata, por otro lado, de la escritura que permite comunicar a distancia o a diversos lectores en el espacio y en el tiempo, porque enunciadores y enunciatarios están presentes. Estamos ante un cuadro que posee todos los componentes de la oralidad pero en el que, contra todas las expectativas, se escribe, al punto que podemos decir que asistimos a una oralidad escrita o a una escritura oralizada.

---

<sup>3</sup> Cfr. Castro, I. (1994) “La mano que habla al cerebro”, *Substratum*, vol. II, n.º 4, pp. 65-91.

En un conocido pasaje, Quintiliano nos recuerda que escribir sobre la cera de las tablillas implica permanecer muy cerca de la oralidad, que estamos en un borde en el que los lindes entre uno y otro modo de circulación de la palabra se confunden.<sup>4</sup> Quintiliano subraya con su explicación la incidencia que el uso de un soporte determinado tiene respecto del curso del pensamiento y de la escritura. En principio los pensamientos parecen surgir y desplazarse con un impulso sin obstáculos, en tanto la escritura no se interponga y actúe para interrumpirlos. Escribir sobre pergamino, para tomar el ejemplo que proporciona Quintiliano, implica gestos, movimientos, útiles adicionales – una fisiología de la escritura – que demora el libre fluir del pensamiento porque es preciso levantar la mano, detenerse, para humedecer una y otra vez el cálamo en el *atramentum*. Quintiliano añade aún otra observación; un alumno, a pesar de que se le ha advertido reiteradamente acerca de la longitud excesiva de sus



<sup>4</sup> Lo mejor es escribir sobre tablillas en donde la manera de borrar es la más simple, a menos que una vista débil requiera el uso de pergamino; pero así como el pergamino ayuda a la vista también por la necesidad de humedecer una y otra vez los cálamos en el tintero, la mano se demora y los pensamientos detienen su ímpetu. Pero en cualquier caso en las tablillas deberán dejarse espacios vacíos para que en ellos puedan agregarse digresiones. Porque algunas veces un espacio angosto produce pereza de enmendar o se confunden las primeras letras con la introducción de las nuevas. *Inst. Or.* 10.3.31.

discursos, insiste en hacerlos demasiado largos. Sin dudas el estudiante, después de escuchar a su maestro, ha aceptado controlar su incontinencia, pero reincide en su error porque el tamaño del soporte domina su voluntad. La única solución efectiva será cambiar los códices hasta aquí usados por otros en los que quepa menor cantidad de escritura.<sup>5</sup> De manera explícita Quintiliano señala cuál es el mejor soporte, cuál es la superficie que no interrumpe la carrera del pensamiento y que permite borrar para, luego, reescribir al instante, sin dejar huellas de lo anterior: las *tabellae ceratae*.

Escribir sobre la delgada y blanda cubierta de cera implica un gesto muy próximo al de la oralidad y esto puede explicar la presencia de este artefacto proteico cuyo destino último es permanecer a la espera como un receptáculo vacío con escrituras latentes, un espacio siempre disponible, infinito a pesar de caber en un puño. ¿Por qué digo esto? Es probable que la mayoría de los griegos y latinos cultos haya deseado que la escritura fuera un medio transparente y sin densidad material, capaz de liberar la palabra viva e incontaminada tan pronto como una voz se prestara a sonorizarla. Pero en lugar de ello, la escritura se ofrece como un filtro que solo conserva residuos de la voz, como una materialidad que entorpece la vivacidad del pensamiento, como un depósito gélido que conserva un cadáver al que un aparato fonador prestado puede reavivar a medias. En el marco de esta concepción, la escritura no es nada más que una sombría línea de signos sin significado a la que la voz, además de darle vida, descifra, porque el significado adviene recién cuando la palabra sonora presta los matices del volumen, el timbre, las inflexiones, los acentos y las pausas para que el oído, y no el ojo, colabore en las operaciones requeridas para la comprensión. Por otro lado, una tradición formidable le otorga a la circulación oral de la palabra un lugar central mientras le deja a la escritura apenas el rol de un *partenaire* marginal. Es famosa la desconfianza de la antigüedad hacia los signos escritos, una cuestión que se remonta a Platón y cuyos ecos repercuten todavía en Quintiliano:<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> No querría que la longitud de las tablillas vaya más allá de la medida, conocí a un joven estudioso que hacía largos discursos porque los medía por el número de versos y este vicio que no había podido ser corregido con frecuentes advertencias fue solucionado cambiando los códices. *Inst. Or.* 10.3.31-32.

<sup>6</sup> Quintiliano, *Inst. Or.* 11.2.9.

Por otra parte, una vez que han sido escritos, los discursos circulan todos por todas partes, e igualmente entre los entendidos que entre aquellos a quienes nada interesan, y no saben a quiénes deben dirigirse y a quiénes no. Y cuando los maltratan o los insultan injustamente tienen siempre necesidad del auxilio de su padre, porque ellos solos no son capaces de defenderse ni de asistirse a sí mismos. Platón, *Fedro*, 275e

La escritura librada a su suerte, separada de la presencia consciente y de la asistencia de su dueño, incapaz de defenderse o contestar por sí misma, sometida a interpretaciones azarosas es lo que Platón compara en su diálogo *Fedro* con las ventajas de la oralidad.<sup>7</sup> Por una parte, la escritura le confiere durabilidad a la palabra, favorece la comunicación a distancia, permite el trabajo objetivo sobre el estilo y colabora en la capacidad de almacenaje mientras que la oralidad presenta la ventaja incomparable de la palabra viva, vertida en circunstancias precisas de enunciación por un sujeto presente frente a auditores singulares.<sup>8</sup> Por otro lado, la escritura cede peligrosamente la primacía a los lectores, que bien pueden torcer el significado de los signos, en tanto la palabra oral facilita el fluir transparente de la intención del autor, garante con su sola presencia del sentido de sus palabras.

Retornemos por un instante a nuestra fiesta antigua, a la *comissatio*. La palabra fluye entre los invitados transparente, palpitante y cálida. Además, están los cuerpos, los ojos, los gestos, el vino mezclado con agua y los manjares casi etéreos. Las tablillas no aparecen allí para fijar la voz, no están para aprisionar las palabras, sino para establecer un vínculo material poderoso que permite que los cuerpos se mezclen por la vía del recipiente escriturario, los signos, la bebida ardiente y las dulces exquisiteces. El soporte que cabe en el puño de una mano recibe los trazos que se generan en el interior del cuerpo activado por el líquido ardiente, que se trasmuta en signos latentes e inasibles tan pronto como alcanza el destino de su soporte. Finalmente, las tablillas son el único objeto de la *comissatio* cuyos signos cambian porque la superficie encerada sobre la delgada madera viaja, de mano en mano, con un diseño cada vez diferente, un pequeño artefacto proteico.

Esta asamblea de hombres que banquetean y componen versos, o el poeta

---

<sup>7</sup> Es ineludible citar aquí el comentario sobre el pasaje de *Fedro* de Derrida, J.(1972) *La Dissémination*, Paris, pp. 71-198.

<sup>8</sup> Cfr. Dupont, F. (1998) *L'invention de la littérature. De l'ivresse grecque au texte latin*, Paris.

que vierte su voz paradigmática frente a la comunidad a la que pertenece y representa, es el signo de una civilización que privilegiaba los intercambios orales y le otorgaba a la palabra hablada un lugar central. Una cultura de la presencia y de la palabra viva, al punto que tener en esa época un libro era como si hoy en día alguien que no es especialista tuviera una partitura musical.<sup>9</sup> Las tablillas están muy próximas a esta palabra palpitante, porque no están



hechas para conservarla ni representan un obstáculo a su libre fluir. La cera que las recubre apenas ofrece resistencia y es alisada con la paleta del *stylus* toda vez que alguien quiere trazar signos nuevos sobre su superficie. No estamos aún en presencia del libro tumba ni de la materialidad oscura de la palabra.

Hay que remontarse a los Ptolomeos, en Alejandría, a la fundación de la biblioteca monumental y del Museo, a los poetas – griegos – encerrados en un gran palacio, ajenos a la comunidad, para hallar el cementerio de libros. La biblioteca, se nos dice, tenía entre cuatrocientos mil o quinientos mil volúmenes<sup>10</sup> y casi ningún lector, exceptuando los sabios que en ella trabajaban. Su presencia parece representar el repliegue paulatino de la oralidad, la muerte de la palabra viva vertida frente a la comunidad y también, si queremos, una forma de control por parte de la elite sobre la pertenencia y la

---

<sup>9</sup> Quinn, K. (1982) "The Poet and his Audience in the Augustan Age," *ANRW* II 30.1 ed. W. Haase, Berlin-New York, pp. 75-180.

<sup>10</sup> Un rollo de papiro no equivale necesariamente a un libro de hoy. Por ejemplo, cada uno de los doce cantos de *La Eneida* ocupaba un rollo de papiro, un volumen. Hay que esperar a la difusión del códice para que el libro antiguo se asemeje al nuestro. Sobre las bibliotecas antiguas se puede consultar, Kenyon, F. G., (1980) *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*. Chicago y Cavallo, G. (1988) *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*. Roma-Bari.

circulación de los textos. Sin dudas, la poderosa irrupción del libro durante el helenismo, el nacimiento de las grandes bibliotecas, la imagen de los poetas en la biblioteca de Alejandría con todos los libros a su disposición durante el proceso de escritura de sus propios poemas, impone un vínculo irrompible entre la producción escrita de la poesía y su soporte librario. Los alejandrinos seleccionaron, catalogaron, editaron y archivaron la literatura del pasado que estaba compuesta para ser leída, cantada, recitada en voz alta: Homero, Píndaro, Safo, Eurípides ... ya no se recitan, cantan o representan, ahora son *monumenta* acomodados en los estantes de la enorme biblioteca, rollos papiráceos mudos y helados. Las palabras dominadas y prestigiosas quedan confinadas a la reescritura de obras anteriores que se inscriben en la larga cadena de imitaciones que parten de los textos canónicos. Esta circunstancia le quita al texto su dimensión pragmática y el escritor que reescribe la literatura del pasado se pone en el lugar del muerto, un eterno ausente.



Finalmente, lo que está en causa en la lectura de un libro y que la cuestiona como práctica honorable es que ella no permite esa reciprocidad del intercambio que funda la relación entre pares y que se realizaba en la lectura comunitaria, de la que el banquete y la *comissatio* eran rituales subsidiarios. La palabra viva volcada sobre un libro cae en un depósito gélido que tiende a fijar el pensamiento: “la letra mata, el espíritu vivifica”. La escritura no es capaz de asimilar y guardar un suceso oral en toda su extensión, en todos sus matices, en toda su intensidad. El libro es como un colador que filtra la voz y no la puede retener por completo y el autor se convierte en un difunto que no puede resucitar para aclarar las intenciones y el significado del testamento que lleva su nombre. Por todo esto, los antiguos se ilusionaban con una escritura cuyo rasgo más importante fuera el de hacerse olvidar, un receptáculo transparente capaz de guardar la voz para liberarla pura cuando se lo requiriera. La escritura



perfecta, en esta perspectiva, sería aquella que alcanza la exactitud fonográfica, es decir la que registra los sonidos tal como son y los guarda todo el tiempo que sea necesario para que puedan ser revividos sin ninguna alteración.



Si los signos trazados sobre las tablillas durante la *comissatio* están muy próximos a la palabra oral, en cambio el libro momifica la voz, la arroja al estado cataléptico, la aproxima a la muerte. Sin embargo, la palabra que alguna vez fue una voz viva, ahora transcrita y conservada en un libro, no solo resiste sino que adquiere cualidades nuevas, todas ellas vinculadas al flamante soporte que la contiene. Aparece por primera vez la posibilidad de la puesta en página de un texto: “el conjunto de técnicas visuales de organización y de presentación del objeto libro que va del blanco de las palabras a los blancos de las páginas, pasando por todos los procedimientos interiores y exteriores del texto, permitiendo su ordenamiento y puesta en valor.”<sup>11</sup> Muchos de estos procedimientos no tienen relación con la oralidad ni pueden ser recuperados por la voz: recursos gráficos no verbales, como los espacios, tipos de letras, color, mayúsculas, abreviaturas, siglas. El libro da lugar a la aparición de una zona visuográfica que dialoga, complementa y también permanece en tensión

---

<sup>11</sup> Catach, N. (1980), “La ponctuation” *Langue française* n°45 Paris, pp. 16-27 « ensemble de techniques visuelles d’organisation et de présentation de l’objet livre, qui vont du blanc des mots aux blancs des pages, en passant par tous procédés intérieurs et extérieurs au texte, permettant son arrangement et sa mise en valeur »

con el sistema fonográfico del texto.<sup>12</sup> Dicho de otro modo, la puesta en página de las palabras implica la constitución de un espacio extra-alfabético en el que se ubican todas las marcas que no tienen correspondencia articuladora. El primer elemento de esta zona visuográfica y extra-alfabética es el soporte mismo en blanco, antes de que se inscriba en él trazo alguno, “un blanco, que ya es un signo, el más primitivo y esencial de todos, un *signo negativo*.”<sup>13</sup> Es durante el auge de la biblioteca de Alejandría cuando nacen los primeros *technopaegnia*, atribuidos a Simias de Rodas, los *carmina figurata* o caligramas, poemas con formas, compuestos primariamente para los ojos e irrecuperables para la voz.

Otra de las ventajas del libro como soporte es la posibilidad de comunicar a distancia. La escritura permite cruzar mensajes por encima de los obstáculos que impone el espacio y el tiempo y promueve innumerables momentos de comunicación en distintos lugares y ante diversos receptores. El libro y la escritura es lo que permite el nacimiento del lector individual, liberado de la presencia del autor y sus coerciones. Toda la teoría de la recepción se origina en esta posibilidad, nace el lector solitario y con él la deriva del significado y también se extiende con el libro, especialmente en su forma de códice, la



lectura en voz baja, porque hasta el siglo IV d.C., nos dicen, se leía en voz alta, aún si uno estaba solo.<sup>14</sup>

Con la difusión de la palabra trazada sobre papiros o códices se modifica la

---

<sup>12</sup> Cfr. Cárdenas V. (2001), *Lingüística y escritura: la zona visuográfica*” Tópicos del Seminario, México, pp. 93-141.

<sup>13</sup> “un blanc, lequel est déjà un signe, le plus primitif et essentiel de tous, un ‘signe en négatif’” Catach op.cit. p. 18.

<sup>14</sup> Valette Cagnac, E. (1997) *La lecture à Rome. Rites et pratiques*, Paris.

fisiología de la lectura. Un rollo papiráceo se toma con las dos manos,<sup>15</sup> mientras una de ellas lo desenvuelve la otra lo enrolla al mismo tiempo; mientras se lee no es posible escribir. Un códice puede hojearse, igual que nuestros libros y da la posibilidad de hacer anotaciones sobre él a medida que se lo lee. Cualquiera de estos dos soportes supone una novedad llena de consecuencias porque ahora no solo es posible leer en una línea progresiva desde el principio hasta el final sino que se puede retroceder, saltar, releer, establecer referencias cruzadas entre diferentes partes del texto.<sup>16</sup> Pensemos en la diferencia entre la representación oral de una tragedia griega o de poemas de Safo, que se desenvuelven de principio a fin de un modo irreversible, y la versión escrita de esas mismas obras en un papiro o códice. La presencia del soporte librario trae aparejada una verdadera revolución respecto de la circulación de la palabra oral: ahora es posible archivarla, transportarla, ponerla a disposición de una multitud de lectores a lo largo del tiempo y del espacio y estudiarla como un hecho objetivo y exterior. Por supuesto, la faz negativa de semejante revolución radicaría en el repliegue del individuo hacia la lectura solitaria, el abandono de la palabra oral compartida comunitariamente, la irrupción del depósito gélido que fija el pensamiento. Buena parte de las cualidades de la escritura, archivada en papiros y códices y guardada en bibliotecas, serían también sus taras y sus desgracias.

---

<sup>15</sup> Valette Cagnac, E. (2002) “Corps de lecteur”, en Ph. Moreau, *Corps romains*, Grenoble, pp. 289-312.

<sup>16</sup> Cfr. Miller, P.A. (1994) *Lyric Texts and Lyric Consciousness: The Birth of a Genre from Archaic Greece to Augustan Rome*, London.

[EL HUEVO]

1 Κοτίλας  
 3 τῆ τοδ' ἄτριον νέον  
 5 πρόφρων δὲ θυμῷ δέξιν δὴ γάρ ἀγνῶς  
 7 τὸ μὲν θεῶν ἐπιβόας Ἑρμῶς ἐκεῖζε κάρυξ  
 9 ἀνιγε δ' ἐκ μέτρου μοισβιᾶμονος μέγαν πάροιθ' ἀέξειν  
 11 θοῶς δ' ὑπερθεν ὠκυλευχρον φέρων νεῦμα ποδῶν σπαροδῶν πύφουσκεν  
 13 θοαῖς ἰσ' αἰόλαις νεβροῖς κῶλ' ἄλλασσων, ὄρουπόδων ἐλάφων τέκεσαι  
 15 πᾶσαι κραιπνοῖς ἰσῶν ἄκρων ἕμμεται ποσὶ λοφῶν κατ' ἀρθμίας ἴχμος τιθίμας  
 17 καὶ τις οἰμόθυμος ἀμείπουτον αἴψ' αὐδάν θηρ ἐν κούτερ δεξάμενος θαλαμῶν μυχοπέταρ  
 19 κᾶτ' ὠκα βοᾶς ἀκοᾶν μεθέπων δ' γ' ἄφαρ λάσσιου υψοβόλων ἀν' ὄρεων ἐσσεται ἄγκος  
 20 ταῖς δὴ δαίμων κλυτὸς ἴσα θοοῖσι ποσίν δονεῖαν ἄμικ πολυπλοκα μεθιει μέτρα μολπᾶς  
 18 βίμφοι πετρόκοιτον ἐκλιπῶν ὄρουσ' εἰνῶν ματρὸς πλαγκτῶν μοιόμενος βαλιᾶς ἐλεῖν τέκος  
 16 βλαχαῖ δ' οἴων πολυβότων ἀν' ὄρεων νομῶν ἔβου ταυροσφύρων τ' ἐς ἄντροι Νυμφῶν  
 14 ται δ' ἀμύροτο πόθω φίλας ματρὸς χῶοντ' αἴψα μεθ' ἡμερνευτα μαζον,  
 12 ἴχνηι θενῶν ταιν παναῖολον Πιερίδων μοιόδοιτον οὐδῶν,  
 10 ἀρθμῶν εἰς ἄκραν δεκαδ' ἴχλων, κερσμον ἡμνονα θυμῶν,  
 8 φίλ' ἐς βροτῶν ὑπὸ φίλας ἐλῶν πετροῖσι ματρὸς,  
 6 λιγυῖά μιν κάμ' ἴφι ματρὸς ὠδισ  
 4 Δωρίας ἀηδῶνος  
 2 ματέρος

[EL HUEVO]

1 De gorjadedra  
 3 he aquí este nuevo tejido  
 5 benévolo de corazón recibelo: pues pura  
 7 y el heraldo de los dioses Hermas el de voz sonora lo condujo  
 9 y ordenó que mucho más y más acrecentase desde el metro de un pie  
 11 y rápido en lo alto con inclinación ligera y oblicua de los pies dispersos proclamó,  
 13 cambiando los miembros con las veloces cervatillas, ágiles hijas de las ciervas de pies ligeros:  
 15 todas, con pies apresurados, precipitadas sobre las elevadas colinas, sobre la huella de la nodriza amigable:  
 17 hasta que, de pronto, una bestia de fiero corazón, recibiendo el grito resonante en el más oculto repliegue de la guarida,  
 19 persiguiendo entonces el son del rumor, se precipita de prisa a través del frondoso valle de las montañas cubiertas de nieve:  
 20 y de inmediato, como impulsando los pies rápidos de aquellas, el dios recordado emite las intrincadas medidas del canto,  
 18 saliendo prestamente del rocoso lecho del cubil, se lanzaba deseosa de capturar una cría errabunda de la madre moteada,  
 16 con vagidos iban por la pastura montañosa de las nutridas ovejas hacia la cueva de las niñas de finos tobillos;  
 14 y aquellas por el inmortal deseo de la querida madre corrían al punto tras el pecho apetecible,  
 12 cuando andaba el camino, el clamor de las Piéridas, abigarrado y de sonido uniforme,  
 10 su número al del extremo diez, manteniendo el orden de los pasos rítmicos,  
 8 a las tribus de mortales, tomándolo de las queridas alas de la madre:  
 6 aguilta lo trabajó con fuerza, materno fruto:  
 4 de un rubicéfir dorio  
 2 madre

Dejo por unos instantes tablillas, papiros y códices para pensar en un soporte diferente, el cuerpo humano. ¿Signos sobre la carne o sobre la piel? Sí,



desde tiempos inmemoriales los hombres marcaron sus cuerpos. La evidencia más vieja es la de un cuerpo con tatuajes, hallado congelado en los Alpes austro-italianos, que se calcula que tiene alrededor de 5.300 años de antigüedad.<sup>17</sup> Las marcas sobre la piel podían tener propósitos diversos: religiosos, mágicos, decorativos, identitarios o punitivos. Entre los griegos Heródoto recuerda el ejemplo de un hombre a quien se le rasura el

<sup>17</sup> Cfr. Mark Gustafson, “*Inscripta in fronte: Penal Tattooing in Late Antiquity*”, *CA* Vol. 16 n° 1, 1997, pp.79-105.

pelo de la cabeza para hacerle un tatuaje que es necesario enviar en secreto, después de dejarle crecer el pelo. Entre los latinos se practica el tatuaje y el marcado a fuego, o con incisiones, con propósitos punitivos.<sup>18</sup> Se nos dice que los griegos habrían aprendido la práctica del tatuaje de los persas, y los latinos de los griegos. La costumbre de marcar con un hierro candente no está atestiguada con seguridad entre los griegos, pero sí entre los latinos.<sup>19</sup> Asentar señales por cualquiera de estos medios tenía como propósito dejar una marca indeleble, un signo de control permanente sobre la superficie más visible e inocultable del cuerpo: la frente, inmediatamente encima de los ojos.

Prisioneros de guerra, esclavos o aquellos considerados criminales podían ser marcados con signos que los denunciaban como tales. En términos de Foucault, podría bien ser esta una microfísica del



poder o un ejemplo de vigilancia y castigo sobre los cuerpos. Claro que semejante práctica jamás podría haber sido ejercida sobre un ciudadano romano cuyo cuerpo era inviolable, impenetrable e inexpugnable. Pero si se trataba de un extranjero, un esclavo o un condenado, entonces sí estaba permitido someter, controlar y también marcar sus carnes. Un ladrón se estigmatizaba con la palabra FVR, un fugitivo con la letra F o la abreviatura FVG, un calumniador con una K.<sup>20</sup> se afirma que los esclavos fugitivos eran tatuados en la frente con la frase griega ‘deteneme, estoy huyendo’.<sup>21</sup> Estas

---

<sup>18</sup> La palabra latina utilizada, en principio, para designar el tatuaje es *stigma* en tanto que el término usado para aludir a la marca candente sobre el cuerpo es *nota*. Cfr. C. P. Jones, (1987) “*Stigma: Tattooing and Branding*,” *JRS*, vol. 77 pp. 139-155.

<sup>19</sup> Jones, *op.cit.* p. 153 duda ante la ambigüedad del pasaje de Plauto, *Aul.* 325-26. Podrían añadirse los ejemplos de Catulo c. 25 en el que se amenaza a Talo con escribirle el cuerpo con látigos encendidos: *conscribillent ... inusta ... flagella* y el pasaje del Satiricón de Petronio, 105.9, en el que Trifena teme que hayan sido marcados a hierro los cuerpos de sus amigos: *enim stigmata credebatur captivorum frontibus impressa ... vulnera ferro praeparata*.

<sup>20</sup> Cfr. Daremberg, C.; Saglio, E, *Dictionnaire illustré de la mythologie et des antiquités grecques et romaines* (1877-1918): Calumnia I. 852.

<sup>21</sup> Skolion ad Aesch. 2.83.

palabras aparecen muchas veces en latín conservadas en collares metálicos que se ajustaban alrededor del cuello de los esclavos:

Tene me, ne fugiam, et revoca me in foro Traiani in purpuretica  
ad Pascasium dominum meum

Sujetame para que no escape y devolveme a mi amo Pascacio,  
en el Foro Trajano, junto al pórtico porfirético.

Soldados a fuego o con un cerrojo, los collares rodeaban el cuello del esclavo que, seguramente, no podía leer la denuncia que portaba y que revelaba su condición y su conducta fugitiva. No había cómo acallar esas palabras y menos aún si estaban escritas en la frente, sobre la piel. Esos hombres llevaban otra boca en su cuerpo, abierta en la frente o en el cuello, que vociferaba un crimen, un latrocinio, el antecedente de una fuga, a pesar de lo que la verdadera boca pudiera callar o intentar desmentir. Los signos tatuados o marcados a fuego los convertían en algo más que en esclavos, porque las letras decían además, para siempre, que eran culpables de un crimen.



Pero si estos términos punitivos eran trazados por orden del amo o del emperador sobre los cuerpos de los sometidos a esclavitud, un poco más adelante en el tiempo nos encontramos, en cambio, con hombres y mujeres que padecen los estigmas voluntariamente. Los cristianos, lo sabemos por los testimonios históricos y literarios, flagelaron sus cuerpos de diversos modos, uno de ellos escribiendo sobre la propia piel el nombre o palabras de Cristo. Esclavos de nuevo, esta vez de la fe cristiana. Prudencio proporciona un pasaje lleno de significado: los soldados infligen heridas sobre el cuerpo de una cristiana, esas rasgaduras son solo por un momento incisiones sobre la piel porque inmediatamente se convierten en signos divinos; sin la fe cristiana hubieran sido nada más que marcas brutales ajenas al entendimiento.<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup> Cfr. Ross, J. (1995) "Dynamic Writing and Martyrs' Bodies in Prudentius'Peristephanon" JECS n° 3 pp, 325-355.

Esclavos del hombre y esclavos de Cristo padecen la escritura sobre el cuerpo, para unos es el castigo bajo coerción, para otros, voluntad de martirio; en un caso la escritura redobla la condición de esclavo, en el otro, el esclavo de la fe cree que las heridas que se convierten en signos sobre el cuerpo lo liberan.

De nuevo, si pudiéramos retornar al pasado y visitar una ciudad antigua, no solo encontraríamos en la vía pública cuerpos escritos, hallaríamos una impensada cantidad de escritura expuesta ante nuestros ojos. La ciudad antigua es una ciudad texto, pero no digo esto en sentido amplio, tal como podría entenderlo la semiología, sino literalmente: *edicta munera* (avisos de combates de gladiadores), *programmata* (propaganda política), *graffiti* (escritura espontánea de la gente común), y variadísimos avisos de diversos orígenes se entrecruzan muchas veces en una maraña de signos que nos hacen dudar de los bajos índices de alfabetización que los especialistas proponen para la época.<sup>23</sup> Se escribía tanto, de día y de noche, que los *dealbatores* limpiaban las paredes garabateadas hasta el hartazgo para que pudieran ser escritas de nuevo. Hay un *graffiti* trazado en Pompeya sobre un muro que está a punto de venirse abajo por la cantidad de inscripciones que la apesadumbran:

Admiror, paries, te non c(e)cidisse (ruinis)  
Qui tot scriptorum taedia sustineas CIL IV. 1904, 2461, 2487

Me sorprende, pared, que no te hayas venido abajo  
Tratando de sostener los tedios de tantos escritores.

Pero a este hecho, en sí mismo sorprendente, hay que adicionarle otro que le confiere a la escritura antigua un rasgo singular, porque muchos de estos signos son parlantes, están escritos en primera persona y cuando nosotros los leemos, el objeto que les sirve de superficie escrituraria adquiere voz ... nuestra voz. Si recorriéramos una calle de Pompeya podríamos leer:

*Marci Iuni insula sum.* CIL IV 4429

---

<sup>23</sup> Para Harris, W. V. (1983) "Literacy and Epigraphy I", *ZPE*, 52 pp. 87-111, el nivel de alfabetización masculino era menor al 20-30% en la antigüedad latina. El de las mujeres menor al 10 %. Su conclusión es que debió haber sido menor al 15% en Italia y en las provincias entre un 5 y un 10%. Los datos de Harris han sido muy discutidos por Franklin, J. L., (1991) *Literacy and the parietal inscriptions of Pompeii*, y por Corbier, M. *L'écriture en quête de lecteurs*, ambos artículos se encuentran en J. H. Humphrey (ed.) *Literacy in the Roman world*.

Soy la casa de Marco Junio.

La propiedad de Marco Junio habla por medio de nuestro aparato fonador. Si nos fuera permitido ingresar a una de estas moradas y pidiéramos algún refresco, tal vez vino, nos podrían alcanzar una copa adornada con la siguiente inscripción:

bibe, amice, de meo ILS 8608

bebé de mí, amigo mío.

Y si nuestra vista fuera lo suficientemente aguda como para distinguir las letras que cruzan la *fibula* con la que la esclava que nos alcanza la copa se ajusta la túnica, leeríamos:

Quod vis, ego volo ILS 8623b

lo que vos querés también yo quiero.

La ciudad, entonces, no sólo es un texto, es además un texto parlante, porque ya sabemos que en la antigüedad se leía en voz alta. Pero supongamos



por un instante que en lugar de recorrer el interior de la localidad somos viajeros que arribamos a ella. Caminaríamos encima de una acera de piedras hexagonales hasta llegar a la muralla en la que se abre una embocadura. Las piedras del camino están colocadas allí para durar eternamente y el muro que separa *urbs et rus* ha sido levantado para sobrevivir a la carcoma del tiempo. Pero hay otras piedras a la vera del camino que se erigen verticales y nos cortan el paso contrariando la llaneza y la dirección de la vía sobre la que se asientan nuestros pies. Son lápidas que tienen en su

superficie una escritura que compite por atrapar nuestros ojos y nuestra voz, miles de piedras con elaborados epitafios. En el término de unos pocos siglos se produce una verdadera explosión epigráfica,<sup>24</sup> todos quieren tener su

---

<sup>24</sup> La llamada explosión epigráfica comienza con la república y alcanza sus picos más altos en los siglos subsiguientes. Macmullen, R. (1982) "The Epigraphic Habit in the Roman Empire," *AJP* 1982 103: 233-246 es el primero que describe el fenómeno y señala que no encuentra argumentos satisfactorios para explicarlo. El artículo de Macmullen fue seguido por otros que intentaron dar razones del hábito epigráfico en



inscripción sepulcral, probablemente porque no creen en otro modo de luchar contra el olvido: estas piedras y los signos que las cruzan tienen la misma pretensión de eternidad. Nuestros epitafios, en cambio, están en cementerios rodeados por muros que ocultan el espectáculo de la muerte o directamente alejados de la ciudad y, además, están dirigidos a los deudos íntimos y solo aleatoriamente son leídos por los curiosos. Las inscripciones antiguas, por el contrario, colocadas en las entradas de las ciudades y al lado del camino, están expuestas adrede a la mirada pública para que repitamos especialmente el nombre del muerto y lo fijemos en nuestra memoria:

T(ITUS) LOLLIVS T(ITI) L(IBERTVS) /  
MASCVLVS / IIIIIIVIR / BODINCOMAGENSIS /  
POSITVS PROPTER / VIAM VT DICANT /  
PRAETERIENS / LOLLI AVE CIL 05, 07464

Tito Lolio Másculo, liberto de Tito,  
concejal de la ciudad de Bondincómo,  
ha sido enterrado al costado del camino  
para que digan los que pasan por allí “chau Lolio”.

Pero la exigencia es muchas veces más apremiante porque también se nos pide detenernos y no simplemente pasar por delante del monumento sepulcral:

Tu qui carpis iter gressu / properante viator siste /  
gradu(m) quaeso quod peto parva /  
mora est oro ut praeteriens /  
dicas s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) CIL 2, 558

Viajero, vos que seguís con andar apresurado el camino,  
te ruego que aminores tu paso. Sólo te pido una pequeña  
demora para que al pasar delante de mi tumba  
digas ‘que la tierra no te apriete’

Queda claro que las inscripciones despliegan maniobras para inmovilizar los pasos que van sobre el camino hacia la entrada de la ciudad. Pero si estos

---

la antigüedad latina: Mann, C. (1985) “Epigraphic consciousness,” *JRS* 75: 204-206; Meyer, E. A. (1990) “Explaining the Epigraphic Habit in the Roman Empire: the evidence of Epitaph,” *JRS* 80: 74-96; Woolf, G. (1996) “Monumental Writing and the Expansion of Roman Society in the Early Empire,” *JRS* 86: 22-39.

signos ubicados estratégicamente nos petrifican, al mismo tiempo se apropian de nuestra voz para hacernos repetir nombres y fórmulas rituales.<sup>25</sup>

El mecanismo está lejos de ser sencillo e inofensivo, porque tal como se constata en algunos ejemplos, son los muertos que suscriben las inscripciones quienes hablan por nuestra boca.

]s VVir Aug(ustalis) /  
[3]e Felicitati con/[iugi? 3 e]t Tulliae Arsinoe /  
[3 libertis libe]rtabusq(ue) posterisq(ue) /  
[eorum hoc monu]mentum exterum /  
[her]ede(m) non sequitur /  
[3] herede /  
[3] scire viator /  
[3] tua nempe mea est CIL 14, 00356.

...seviro augustal,  
a mi esposa Felicidad, a Tulia Arsinoe,  
a los libertos y a los descendientes  
de estos. Este monumento no forma parte de la herencia ...  
comprendé, caminante,  
que tu voz es en realidad la mía.

Semejante circunstancia está llena de peligro para el paseante que siente petrificado su cuerpo y capturada su garganta para dejar pasar por ella la voz exangüe de los difuntos. Es muy probable que la antigua creencia sobre que la continua lectura de epitafios provocaba la pérdida de la memoria esté vinculada con los riesgos de quedarse paralizado en esta región, absorto por los signos de las inscripciones.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> Conso, D, (1996) “L’oralité fictive des inscriptions funéraires latines”, en *Les Structures de l’Oralité en Latin – Colloque du Centre Alfred Ernout, Université de Paris IV*, pp.291-303.

<sup>26</sup> Esto parece querer expresar el siguiente pasaje de Cicerón: At memoria minuitur. credo, nisi eam exerceas, aut etiam si sis natura tardior. Themistocles omnium civium perceperat nomina; num igitur censetis eum, cum aetate processisset, qui Aristides esset, Lysimachum salutare solitum? equidem non modo eos novi qui sunt, sed eorum patres etiam et avos. Nec sepulcra legens vereor quod aiunt, ne memoriam perdam; his enim ipsis legendis in memoriam redeo mortuorum. Cic. Cato Maior (De senectute) VII 21. “Pero la memoria disminuye, creo, si no la ejercitas o si sos por naturaleza un poco lento de espíritu. Temístocles se acordaba de los nombres de todos los ciudadanos. ¿Crees que él, ya muy viejo, era capaz de confundir a Lisímaco con Aristides? Más aún, no solo a los conocidos sino a sus padres y a sus abuelos recordaba. Y no temo perder la memoria por leer las tumbas como se afirma, porque al leerlas yo mismo retorno en la memoria de los muertos.”

Mientras estamos allí asimilamos, además de nombres y fórmulas, una sabiduría que, si bien ha sido colocada en ese lugar por los vivos, adquiere la dignidad que significa estar puesta en boca de los muertos. Una cosa es que los vivos nos digan a los hombres que vale la pena ser honestos, generosos y prudentes, y a las mujeres castas, fieles, buenas madres y guardianas del hogar, y otra muy diferente es que esto sea dicho por los difuntos, porque ¿quién sabe mejor que los muertos cómo nos conviene vivir la vida? Las lápidas colocadas a la vera del camino colaboran en la construcción de una pequeña moral cotidiana:

Hic sita est Amymone Marci optima et pulcherrima,  
lanifica pia pudica frugi casta domiseda CIL. VI 11602

Aquí está enterrada Amione hija de Marco, óptima y bellísima,  
tejedora, piadosa, púdica, honesta, casta, mujer de su casa.

Pauper fuit, aequo animo; scibat moriendum sibi  
CIL 9. 5659

Vivió pobre, de ánimo sereno; sabía que tenía que morir.

Vixi quod uolui semper bene pauper honeste,  
fraudaui nullum, quod iuuat ossa mea. CIL 6.2489

Viví cuanto quise, siempre bien, pobre, honesto,  
a nadie defraudé: esto agrada a mis huesos.

En la antigüedad, a diferencia de lo que entre nosotros sucede, una inscripción sepulcral permitía ejercer la justicia *post mortem*, colocando en boca de todos los actos reprobables de alguien determinado. El epitafio había devenido en una suerte de tribuna pública, útil para develar resentimientos, ejercer la justicia privada póstuma o gritar amargamente la crueldad de la propia suerte.<sup>27</sup> Por ejemplo: un esclavo que se atrevió a matar a su amo, maridos que asesinaron a sus esposas o médicos que apuraron la muerte de sus pacientes aparecen entre las inscripciones sepulcrales latinas:

Iucundus / M(arci) Terenti  
l(ibertus) / pecuarius /

---

<sup>27</sup> Algo similar ocurría con algunos graffiti, por ejemplo uno dedicado al ministro de finanzas de Nerón a quien se lo califica como “veneno” o la caricatura de Rufo hallada en una pared externa de su propio domicilio.

praeteriens quicum/que legis  
 consiste / viator et vide quam  
 in/digne raptus inane / querar  
 vivere non / potui plures XXX  
 per / annos nam erupuit(!)  
 se/rvos mihi vitam et ipse /  
 praecipitem ses {s}e deie/cit 5  
 in amnem apstulit / huic  
 Moenus quod / domino eripuit /  
 patronus de suo posuit<sup>28</sup>

Jocundo, pastor,  
 liberto de Marcio Terencio.  
 Viajero, quienquiera que seas que, al pasar por aquí adelante,  
 leés,  
 detenete y mirá de qué  
 manera indigna yo, que lloro inútilmente, fui asesinado.  
 No pude vivir más de treinta años  
 porque un siervo me quitó la vida y él mismo  
 se arrojó de cabeza al río.  
 Lo que quitó a su dueño, el Moenus también a él se lo arrebató.  
 Este monumento fue construido a expensas de su patrono.

D(is) M(anibus) / et quieti aeternae / Iuliae Maianae femi/nae  
 sanctissimae manu / mariti crudelissim(e) inter/fect(ae) quae  
 ante  
 obi(ì)t quam fatum / dedit cum quo vix(it) ann(os) XXVIII ex /  
 quo liber(os) procreav(it) duos puerum / ann(or)um XVIII  
 puellam  
 annor(um) XVIII / ...<sup>29</sup>

A los dioses manes y al descanso eterno de Julia Maiana,  
 mujer santísima, asesinada por la mano crudelísima de su  
 marido  
 que la mató antes de lo que dispuso el hado. Con él vivió 28  
 años,  
 procreó dos hijos, un joven de 19 años y una joven de 17...

Pero los epitafios contienen, además de esta sencilla sabiduría de vida  
 vinculada con la prudencia, la honestidad, la fidelidad, la domesticidad de las  
 mujeres y de la denuncia pública otras exhortaciones que nos convocan a  
 disfrutar, beber, amar. Aquí es donde se acciona el segundo mecanismo de las  
 inscripciones, porque si hasta este momento permanecíamos petrificados y con  
 la garganta capturada, ahora se nos invita a disfrutar de los placeres de la

<sup>28</sup> CIL 13, 07070.

<sup>29</sup> CIL 13, 02182.

ciudad de los vivos. Nuestros pies comienzan a recuperar la circulación y la tibieza de la sangre y nuestro aparato fonador empieza a ser liberado poco a poco de la presión a la que se lo había sometido. Es que las inscripciones nos describen a la ciudad viva en donde están los amores, las tabernas, el circo, el anfiteatro... A tal punto avanzan los engranajes del segundo mecanismo que son los mismísimos muertos quienes nos echan de su vecindario, porque nos necesitan vivos para que llevemos a la otra ciudad, y a otras ciudades, sus nombres y los reinstalemos en la memoria de los *superi*:

HOSPES, QUOD DICO, PAULLUM EST, ASTA AC PERLEGE  
HIC EST SEPULCRUM HAUD PULCRUM PULCRAE FEMINAE.  
NOMEN PARENTES NOMINARUNT CLAUDIAM.  
SUUM MARITUM CORDE DILEXIT SUO.  
GNATOS DUOS CREAVIT, HORUM ALTERUM  
IN TERRA LINQUIT, ALIUM SUB TERRA LOCAT.  
SERMONE LEPIDO, TUM AUTEM INCESSU COMMODO.  
DOMUM SERVAVIT, LANAM FECIT. DIXI. ABI. ILS 8403

Visitante, lo que digo es poco. Detenente y leé hasta el final.  
Aquí está el sepulcro poco pulcro de una pulcra mujer.  
Su padres la llamaron Claudia,  
Quiso de corazón a su marido.  
Dio a luz a dos hijos, uno de los cuales dejó en la tierra,  
El otro habita bajo tierra.  
De hablar fluido pero también de andar grácil.  
Cuidó su casa y se dedicó a tejer. Ya terminé, andate.

Un escepticismo extendido pero sin angustias es el que se lee en la mayoría de las inscripciones paganas. La mayoría de ellas muestra que no se cree en nada parecido a la pervivencia del alma en el más allá y, en consecuencia, se aconseja gozar de esta única vida:

D. M. T. Flavius Martialis hic situs est.  
quod edi bibi, mecum habeo. Quod reliqui, perdi. CIL 6.  
18131

A los dioses manes. Tito Flavio Marcial está enterrado aquí.  
Lo que comí y bebí lo tengo conmigo. El resto, lo perdí.

Romana / c(ara) s(uis) ann(or)um XX /  
h(ic) s(ita) e(st)  
s(it) t(ibi) t(erra) l(evis) /  
t(e) r(ogo) p(raeteriens) / es bibe lud[e] / veni CIL 02, 01877

Romana, querida por los suyos, vivió 20 años,

aquí está enterrada.  
Que la tierra no te apriete  
Te ruego a vos que pasas por delante, estás vivo, bebé, hacé el amor, vení.

Por eso, seguramente, en los epitafios antiguos se indica cuánto tiempo se vivió, a veces con mención de días y horas, porque este es el tiempo que se gozó de la vida y no importa cuándo se nació y especialmente cuándo se murió como en nuestras inscripciones cristianas para las que morir es entrar en la verdadera vida:

D(is) M(anibus) / Calatoriae / Constaninae / vix(it) an(nos)  
XVIII /  
m(enses) II d(ies) XXIII M(arcus) / Calatorius Su/ccessus filiae /  
pietissimae AE 1900, 0101

Consagrado a los dioses manes de Calatoria Constantina. Vivió diecinueve años, dos meses y veintitrés días. Marco Calatorio Suceso dedica esta inscripción a su hija piadosísima.

[D(is)] M(anibus) / [Aem]ilia Aevodia(!) / [quae]  
vixit annos XXXV / [men]sses(!) III diaes(!) X /  
[h]oras VIII AE 0050.

Consagrado a los dioses manes. A Emilia Aevodia que  
Vivió treinta y cinco años, tres meses, ocho horas.

Lo interesante es que los difuntos nos invitan a retornar para que compartamos con ellos un poco de los placeres gozados en la ciudad emocionante, especialmente el vino, porque ya sabemos con Homero que los muertos tienen sed:

Hospes, ad hunc tumulum ne meas ossa precantur  
tecta hominis. Sed si gratus homo es, misce bibe da mi. CIL 6.  
2357

Visitante, los huesos enterrados de un hombre te piden que no orines junto al túmulo.  
Pero si eres un hombre grato, serví vino, bebé y convidame.

Las inscripciones sepulcrales son complejas máquinas de producir *kléos*,<sup>30</sup> especialmente porque son una escritura expuesta,<sup>31</sup> colocada a la vera del camino que lleva a la embocadura de la ciudad y que nos obliga a repetir los nombres de los difuntos. También porque están trazadas sobre un soporte duro destinado a sobrevivir al paso del tiempo, porque muchas vuelven a decir el nombre del difunto por medio de acrósticos o están compuestas en verso para ayudar a la memoria: ¡no te olvides de mí! es lo que nos dice el muerto a través de todos estos dispositivos. Si se colocan en los lugares más visibles es para que el mayor número de personas pueda leerlas de modo que, en el caso de un epitafio, los nombres y los hechos no se olviden y para que la inscripción, independizada de su soporte duro, comience su recorrido de boca en boca.

Pero la explosión epigráfica muestra que no sólo los hombres más sabios de la ciudad o los generales, los héroes, los cónsules, la aristocracia, son dignos de ser recordados. Todos, una vez muertos, quieren estar al borde del camino, compitiendo con otros muertos para petrificar a viajeros y tomarles el aparato fonador: matronas, soldados, maridos, comerciantes, libertos y esclavos. También los jóvenes fallecidos antes de tiempo están en la entrada misma de la ciudad de los vivos:

EGNATIA FLORENTINA /  
 H(IC) S(ITA) E(ST) S(IT) T(IBI) T(ERRA) L(EVIS) /  
 QUOD PARENTI FACERE DEBUIT /  
 FILIA ID IMMATURAE FILIAE /  
 FECIT PATER CIL 02-07, 00452

Ignacia florentina

---

<sup>30</sup> Sobre *kléos* y las inscripciones sepulcrales cfr. Svenbro J. (1993) *Phrasikleia. An Anthropology of Reading in Ancient Greece*, Ithaca and London, pp. 64-68.

<sup>31</sup> La fórmula epigráfica *celeberrimo loco proponendum curent, unde de plano recte legi possit* CIL 10. 4643 comentada por Corbier M. (1987) “L’écriture dans l’espace public romain,” en *L’Urbs: Espace urbaine et histoire 1er siècle avant J.-IIIe siècle après J.-C.: Actes du colloque international organisé par le Centre national de la recherche scientifique et l’École française de Rome*, Collection de l’École française de Rome 98, Rome, p. 42 expresa la importancia de la visibilidad de las inscripciones en el espacio público. Otros ejemplos en Sanders, G. (1991) *Lapidés Memores. Païens et Chrétiens face à la mort: le témoignage de l’épigraphie funéraire latine*. Ed. A. Donati, D. Píkhaus, M. Van Uytfanghe. Faenza. Pp. 405-406. Petronio describe cuánto le importa a Trimalción la ubicación de su epitafio al lado de un cuadrante solar, para que todo aquel que quiera saber la hora se vea obligado a leer su nombre: *horologium in medio, ut quisquis horas inspiciet, velit nolit, nomen meum legat. Sat.* 71.11.

aquí está enterrada, que la tierra te sea leve.  
Aquello que la hija debió hacer para su padre  
lo hizo el padre para su pequeña hija.

Colocadas lejos de las miradas, silenciosas, escritas en prosa, nombres a los que se añade la fecha de nacimiento y de muerte, dirigidas a los familiares más



íntimos, las inscripciones sepulcrales modernas no se parecen en nada a las antiguas. Sin embargo, aún manteniendo todas las diferencias con los epitafios latinos, para nosotros también es importante saber en dónde está el

cuerpo del difunto y la lápida trazada con su nombre y con una fecha. Lo contrario implica la condición de desaparecido y, en consecuencia, la falta de tumba y de epitafio. Entre los latinos existía la posibilidad de decretar la *dammatio memoriae*<sup>32</sup> que implicaba la destrucción de estatuas, monumentos e inscripciones de aquellos que se deseaba borrar de la memoria de sus congéneres.



Los soportes no son excipientes neutros ni tienen grado cero de significación, por el contrario le transmiten a la voz su materialidad y permiten que aparezca el costado palpable de los signos. Ahora las palabras son de cera, de piel, de metal, mármol o bronce. También las letras adoptan la forma de la superficie en la que se asientan, el ejemplo de los collares de esclavos o de los recipientes son los más evidentes. El caso del papiro es tal vez el más interesante: sobre el entretejido de las *phylirae*, es decir las lonjas de papiro extendidas unas a lo largo de las otras formando un entramado, se superpone el texto escriturario de modo tal que el soporte, también él un texto, reproduce aquello que lleva en su superficie.<sup>33</sup> También los signos modifican al soporte, convirtiendo a cualquier

---

<sup>32</sup> Sobre la *dammatio memoriae* se puede consultar Keppie, L. (1991) *Understanding Roman Inscriptions*, Baltimore, pp. 22-23.

<sup>33</sup> *Textus* y tejido se asocian en la tradición poética desde Píndaro (Nemeas, 4, 44-46; frag. 169 Bowra; cfr. Bacílides 5, 9-14; 19, 8-11 Snell. Sin dudas el carácter entretejido del papiro, soporte de la escritura durante varios siglos, ha reforzado esta metáfora. Recién con Quintiliano I.O. 9.4.13; cfr. también 17, aparece *texere* en el sentido de componer una obra.



superficie, incluidos el cuerpo o la ciudad, en una página. En principio siempre parece haber adecuación entre texto y soporte: epitafios sobre lápidas, *graffiti* sobre paredes, marcas punitivas en las frentes, invitaciones a beber escritas en las copas, pequeños versos sobre las tablillas enceradas. Sin embargo, algunas veces este vínculo de mutua adecuación se rompe y así encontramos ofertas de prostitutas sobre las tumbas o avisos fúnebres trazados en la pared del lupanar de Pompeya: eros y tánatos, como era de esperar, aparecen mezclados.

Les pido que me dejen situar estas ideas un instante. Sé que podría haber elegido ejemplos mucho más próximos, pero quiero ser fiel a la casualidad. Hace unos años, cuando comencé a estudiar la epigrafía latina, en particular las inscripciones sepulcrales, me encontré con muchos epitafios de muertos jóvenes, la expectativa de vida en aquellas épocas era tan baja como la de algunos barrios de la ciudad o de provincias pobres de nuestro país o la de la mayoría de los países africanos. Los latinos la llamaban *imatura mors*, es decir la muerte antes de llegar a la plenitud de las fuerzas vitales, el momento inmediatamente anterior al paulatino decaimiento. Pensé entonces en nuestra historia, en mi historia, y el vínculo se estableció naturalmente porque encontré una poderosa diferencia entre la explosión epigráfica de los romanos y la negación al derecho de la muerte escrita impuesta por la dictadura.<sup>34</sup> Durante varios siglos todos los latinos quisieron dejar su nombre escrito en lápidas, ricos, pobres, amos, esclavos, libertos, hombres o mujeres. Comencé ese año a llevar a mis clases, entre ejemplos de lápidas con epitafios en latín, la imagen de Angelito Benítez, desde entonces no dejé de hacerlo. Inclusive esa clase se llama así: Angelito Benítez. Es la foto, una de las fotos, que cada aniversario aparece en un diario, junto con el nombre, uno de los nombres, y una frase contundente. Allí se ve a un joven desconocido para mí y unas palabras que resisten y batallan contra el



<sup>34</sup> La frase forma parte del subtítulo del libro de Gusman L. (2005), *Epitafios. El derecho a la muerte escrita*. Buenos Aires.

olvido, escritas no en el mármol o en el bronce sino sobre una hoja volátil de papel.